

del 50 era una calle de gente muy elegante y sofisticada, después del 50 empezó a verse gente de clase media, incluso de clase media baja, y ahora, por la noche, hay prostitución y de todo un poco.

— *¿Cuáles fueron las calles de prostitución masculina o de levante (ligue) que usted conoció?*

— Florida, Lavalle y Corrientes, que eran de paseo. No había una calle específica, en ellas se mezclaba todo. Hoy la prostitución está en Santa Fe y en Charcas, que es la paralela a Santa Fe, pero es prostitución nocturna. En aquella época la gente vivía más de día. Durante períodos represivos, incluso durante gobiernos civiles en los cuales la homosexualidad estaba muy perseguida, siempre hubo, paradójicamente, zonas en las que uno caía a cualquier hora de la mañana o de la tarde y sabía que podía encontrar (había cafés en Lavalle, por ejemplo) el ambiente adecuado para ese intercambio. Ahora todo es por la noche. De día, sólo causalmente se puede establecer una relación de este tipo y, más bien, en lugares cerrados, herméticos como las saunas. Lugares que son pocos y caros; no todo el mundo tiene acceso a ellos. Lo demás son discotecas que funcionan a partir de las dos o tres de la mañana. Es decir, se han modificado muchas cosas de nuestros hábitos y de nuestra ciudad.

— *¿Era un Buenos Aires más educado el que usted conoció?*

— Sí, era más educado porque la clase baja imitaba a la clase media, la clase media imitaba a la clase alta y la clase alta imitaba a la aristocracia europea. Entonces, todo resultaba más refinado. El origen de mi familia era de clase media baja, incluso proletario. Mis abuelos habían sido obreros; sin embargo, tenían unos hábitos que no se diferenciaban de los de clase media, media; por ejemplo, en el consumo. Nosotros vivíamos en el barrio de Constitución, pero tomábamos el tranvía para ir al centro a comprar a Harrods. Se adquirían telas de seda y, luego, se iba a una modista de barrio que tenía la revista *Vogue* y copiaba de allí los modelos. Conservo todavía algunas tazas de la vajilla que se compró entonces y que es de lo mejor que había en el mercado. Es decir, la prosperidad era grande, y eso que yo no conocí el mejor período, que fue el del 10 y el del 20. Cuando se superó la crisis del 30, que fue muy dura, lo cuento en el libro, el país se recuperó

casi inmediatamente cuando subió Justo. Aunque mi padre, por cuestiones de su temperamento, no fue el miembro más exitoso de la familia, pudo permitirse ciertas cosas que ahora son inalcanzables para alguien de una clase similar a la de él. Podíamos darnos unos lujos que hoy suenan a increíbles. La cantidad de periódicos que entraban en mi casa todos los días por la mañana y por la noche. Los domingos se compraban tres diarios. Y cada día una revista. Hoy eso es inconcebible para cualquier presupuesto. En el comedor, siempre había un florero con flores frescas. Ese tipo de gastos ya no se lo puede permitir nadie. Y no hablemos de la comida, con la comida había un despilfarrador total. Ese famoso vermouth con picadas abundantes, llenas de productos extranjeros, sardinas y jamones españoles. Y después de tan abundante picada, una buena cena. Y todo eso en una familia, como la mía, que no fue afortunada económicamente.

— *Usted se considera como una especie de «bestia negra» de la academia. ¿Es tan así?*

— Sí, de la academia y de otras instituciones también. Debo de ser uno de los pocos escritores que no ha obtenido ni el premio nacional ni el municipal, que son importantes ya que, en la Argentina, vienen acompañados por una pensión de por vida. Yo el día que no pueda trabajar me muero de hambre, porque no tengo entradas fijas. Esto ya revela que soy un *outsider*. Becas, jamás obtuve una. Las pocas veces que he solicitado alguna de ellas, me las han negado. Dos veces me presenté a la beca Guggenheim y me la denegaron. Después no quise presentarme más. La gente cree que gano bastante dinero, porque mis libros se venden mucho, pero hay que hacer el cálculo. Cada ejemplar que se vende de *El tiempo de una vida* me resulta insuficiente para tomar un café en el Gran Splendid. El libro cuesta 27 pesos, yo gano 2,70. El café sale \$ 3,50. Esa es la vida de un *outsider*, no la de un escritor exitoso. Y, sin embargo, estoy en todas partes, me invitan a televisión, la gente me reconoce por la calle, soy un famoso. Pero acá los famosos tienen la característica de ser famosos y ricos, yo soy un famoso no rico. De ahí todas las contradicciones que expongo en el libro, cuando digo: sí, soy una persona muy notoria, pero, al mismo tiempo, un *outsider*. Puedo acabar mal. Cuando viene una gran crisis, como la de 2001, a mí me tiemblan las cosas o, mejor dicho, cierta estabilidad tiembla; estuve a punto de quedar en la miseria. Antes yo

daba cursos y colaboraba en los medios con más frecuencia, suspendí mucho todo eso, porque estoy consagrado a escribir libros y, para concentrarme y llevar adelante el trabajo, no puedo hacer otra cosa, no puedo dispersarme. Cuando escribo, me levanto pensando en el tema que es objeto de mi escritura, me sumerjo en el tema. Esa es la única forma para mí de escribir sin esfuerzo: estar inmerso sólo en lo que escribo. La autobiografía fue el libro más placentero de escribir, porque estaba inmerso en mi pasado. Pero ahora que estoy escribiendo sobre la filosofía necesito estar metido en ese mundo, si me salgo, ya no puedo. No pienso ni leo otra cosa, aunque, a veces, alguna noche, para distraerme, leo una novela o algún texto que despierta mi interés. Y esa es la vida que a mí me gusta hacer, pero es un lujo y, por lo tanto, tengo que ser muy aséptico.

— *¿Es asiduo lector de novela o prefiere el ensayo?*

— He leído muchísimas novelas. En principio, creo haber leído a todos los clásicos de la literatura de ficción. Desde los diez años hasta los treinta y cinco aproximadamente leí más literatura de ficción que otra cosa. Después encontré que mi género era el ensayo y dediqué más tiempo a lecturas de sociología, historia y filosofía. Ahora, eventualmente, leo alguna novela. Pero toda la literatura clásica del siglo XIX y XX la conozco y algunas obras, como las de Proust y Stendhal, las conozco muy bien. Alguien que se dedica al conocimiento puro tal vez no necesite conocer literatura ni pintura ni música, pero su vida se verá muy empobrecida. La música y la pintura quizá menos, pero la literatura sirve mucho para el tipo de ensayo que yo hago, de tipo sociológico. Por otra parte, no hubiera podido escribir una autobiografía sin haber tenido lecturas literarias.

— *Esas lecturas se ponen de manifiesto cuando usted realiza en El tiempo de una vida esos dos magníficos retratos de Oscar Masotta y Carlos Correas.*

— Sí, me dicen que son dos de las mejores partes de mi libro.

— *Resulta especialmente interesante la descripción que usted hace de personajes que fascinan con la palabra, con su discurso, pero que, en realidad, no tienen una obra significativa o tienen muy poco escri-*

*to. Gentes que, en un determinado momento, y entre ciertos grupos, alcanzan una notoriedad ligada, sobre todo, a la construcción peculiar de su propio personaje o de esa promesa de una obra que no llega a cuajar o a plasmarse.*

— Sí, son personajes que se dan mucho en las grandes ciudades donde hay grupos literarios, grupos de intelectuales que se reúnen a charlar y a intercambiar proyectos, textos, libros. En los pueblos no se da o se da muy raramente. Rafael Cansinos-Assens, en sus memorias sobre el Madrid de comienzos del siglo XX, nombra a muchos personajes así, que hoy son absolutamente desconocidos; a lo mejor publicaron un libro de poemas, que nadie leyó, pero circulaban por los cafés como genios apócrifos. En París también hubo personajes similares. En la calle Viamonte había unos cuantos. Por ejemplo, un tal Iaros que, luego, se dedicó a hacer fotografía, sacaba unas fotos muy lindas que también se perdieron, porque estaba completamente loco, terminó incluso internado. Todo el mundo lo conocía. Hablaba maravillosamente bien, tenía unas ideas brillantes, pero nunca hizo nada con ellas. A mí también me gustan esos personajes que, en el cine, hacen actores de reparto, que aparecen cinco minutos en la película, pero cinco minutos que son muy impresionantes. En las novelas del siglo XIX, en las de Víctor Hugo, había personajes que ocupaban pocas páginas, eran muy circunstanciales, pero imborrables. A mí siempre me fascinó ese tipo de gente. Yo hablo, aparte de Massota, de gente que nadie conocía y que yo mismo traté azarosamente; por ejemplo, Elena de la Souchère. Me sorprendió, al leer la autobiografía de Juan Goytisolo, que él también la visitara. Era una mujer que escribía notas marginales en *Les Temps Modernes* sobre América Latina. Con Correas y Massota la habíamos mitificado, porque hablaba de la Argentina, del peronismo. Ya de vieja, la llegué a conocer en un viaje que hice a París, la encontré por casualidad en la calle. Tuvo que ser la casualidad. Se quedó extrañadísima de tener un admirador en tierras tan lejanas, porque ni siquiera en Francia la conocían mucho. Escribía artículos en letra chica, digamos, y no tenía ni un libro publicado. Esos personajes a mí me encantan.

— *En su autobiografía aparecen sus filias y sus fobias. Sartre, Perón, el cine negro. Proust, la novela realista del siglo XIX, los sociólogos de Chicago, la escuela de Frankfurt, Freud, la radionovela...*

— Más que Freud, el freudomarxismo. Yo nunca fui freudiano ortodoxo. Más me interesó, en un momento determinado, el freudomarxismo a través del joven Erich Fromm y de Wilhelm Reich, porque tenían esa veta social e histórica que nunca encontré en Freud. Y a mí donde no hay algo social o histórico me desinteresa. Freud estaba demasiado ceñido a la familia, al individuo, a las cuestiones psicológicas, así que me interesó menos.

— *¿Su autobiografía es una suerte de ajuste de cuentas?*

— Por un lado, sí. Pero no tanto, porque no es vengativa ni atacante. Para mí es, básicamente, dejar un testimonio. Uno nunca sabe qué destino van a tener los libros, eso depende de muchos imponderables. Pero si algún libro mío podrá ser leído dentro de 50 años, éste es el que más posibilidades tiene, porque cualquiera sean sus méritos, es un documento histórico insoslayable. Las cosas que digo sobre mi época, de costumbres, de hábitos, de ambientes, no están en los libros de sociología, la sociología es muy abstracta; tampoco está en la literatura, porque no ha habido literatura que se haya ocupado específicamente de este tipo de cosas que yo cuento, de este tipo de temática. Por tanto, como documento histórico, mi autobiografía no podrá eludirse.

— *A nivel más personal y profundo, ¿no cree usted que es, en realidad, una larga reflexión sobre la muerte?*

— Todo artista, todo creador, en cierto modo, está buscando una manera de trascenderse a la existencia finita. Yo también busco eso, no sólo en éste, sino en todos mis libros, y lo hago explícito. Aunque no lo digan, o afirmen que el interés es servir al prójimo, todos los creadores quieren que alguien se acuerde de ellos. Para los que no creemos en la inmortalidad, en el más allá, ésta es una forma de inmortalidad que, por otra parte, es muy incierta. No sabemos si la alcanzaremos o no. Pero uno se hace la ilusión.

— *¿El tiempo de una vida es su novela de aprendizaje, la de final del camino?*

— Sí, claro. Siempre me gustó mucho la novela de aprendizaje y este libro, lo es. En cuanto a lo de final de camino, yo sigo activo, estoy